

EL HOMBRE QUE TENÍA MALA SUERTE

Érase una vez un hombre que siempre tenía mala suerte. Los años iban pasando y, aunque se esforzaba mucho, todo era en vano. Seguía teniendo mala suerte. Y así pasaron muchos años hasta que empezó a pensar de verdad en su situación. Después de darle muchas vueltas durante un buen rato, llegó a la conclusión de que necesitaba ayuda. Y quién más indicado para prestársela que Dios. Así que decidió ir a ver a Dios para pedirle que le cambiara su mala suerte. Metió todo lo necesario para el viaje en un hatillo y se acostó.

A la mañana siguiente se puso en marcha. Y caminó, caminó y caminó durante mucho, mucho tiempo. Al cabo de algunos días llegó a la selva y, abriéndose paso entre la maleza, escuchó de repente una voz estridente:

Lobo.- "¡Oooooooooohh!...ooooooooohh!"

Asombrado buscó el origen de esa voz pensando que a lo mejor alguien podía estar necesitando su ayuda. Encontró un lobo y ¡cómo estaba el pobre animalito! Se le podían contar las costillas y el pelo se le caía a mechones. Daba lástima verlo.

Hombre.- ¿Qué te pasa lobo?

Lobo.- Estoy mal. De un tiempo a esta parte todo me va mal. No tienes más que observar mi aspecto...

Hombre.- ¡No! no me cuentes nada más porque yo también tengo mala suerte. Por eso voy a ver a Dios a pedirle que me cambie la suerte.

Lobo.- Por favor, pídele también un consejo para mí.

Hombre.- Muy bien, no te preocupes que se lo pediré. Hasta pronto.

Y caminó, caminó y caminó, pero mucho tiempo. Por fin llegó a la sabana. Hacía mucho calor. El sol quemaba y la sabana no parecía tener fin. El hombre pensó: ¡Que no daría yo por un poco de sombra! Nada más pensarlo vio a lo lejos un maravilloso árbol frondoso que invitaba con su sombra. Pronto llegó y se recostó a descansar apoyándose en el tronco del árbol. Al cerrar los ojos oyó una voz.

Árbol.- ¡Oooooooooohh! ¡Oooooooooohh!

El hombre abrió sobresaltado los ojos pero no pudo ver a nadie que estuviera quejándose. Nuevamente se recostó, y... ¡otra vez escucho aquella voz!

Árbol.- ¡Oooooooooohh! ¡Oooooooooohh!

Así sucedió varias veces sin que averiguara la procedencia de aquellos quejidos. Hasta que por fin se le ocurrió preguntar:

Hombre.- ¿Eres tú, árbol?

Árbol.- Sí, yo soy.

Hombre.- ¿Qué te pasa?

Árbol.- ¡No lo sé! De un tiempo a esta parte todo me va mal. ¿No ves mis ramas torcidas y mis hojas marchitas?

Hombre.- ¡No sigas! Ya sé de qué me estás hablando. Yo también tengo mala suerte; por eso voy a pedirle a Dios que me la cambie.

Árbol.- Por favor, pídele también un consejo para mí.

Hombre.- Lo haré.

Y con esa promesa se marchó. Y caminó, caminó y caminó, mucho, mucho tiempo.

Después de un tiempo, el hombre empezó a adentrarse en unos cerros que había más allá de la sabana. Un día, desde lo alto de una colina, avistó un maravilloso valle. Parecía un paraíso, lleno de árboles, flores, prados, un riachuelo, pájaros,... Era una maravilla de lugar. Bajando al valle descubrió, en medio de aquel precioso paisaje, una casa muy acogedora. Se acercó y vio que en la terraza, delante de la casa, estaba una mujer muy hermosa que parecía esperarle.

Mujer.- Ven, viajero, ven a descansar.

El hombre aceptó de buen grado. Pasaron una velada muy especial. Tomaron una comida sabrosa y se contaron muchas cosas.

Hombre.- Te veo triste.

Mujer.- Sí, es verdad, de un tiempo para acá no me siento bien. Vivo en este lugar maravilloso y, sin embargo, noto que algo me falta.

Hombre.- ¡No sigas! Conozco la sensación, por eso voy a ver a Dios para que me cambie la suerte.

Mujer.- Pues dile que te dé un consejo para mí.

A la Mañana siguiente el hombre emprendió de nuevo su viaje. Y caminó, caminó y caminó, mucho, mucho tiempo. Al cabo de muchos días llegó al Fin del Mundo. Se asomó. Miró hacia abajo, a la derecha, a la izquierda y hacia arriba, pero no pudo ver nada. Sólo había estrellas. De repente se formó una nube enfrente de él que fue tomando la forma de la cara de un hombre.

Hombre.- ¿Tú eres Dios?

Dios.- Sí, yo soy.

Hombre.- Tú sabes que las cosas me van mal y he venido para pedirte que cambies mi suerte.

Dios.- Muy bien. Estoy de acuerdo. Sólo hay una condición: tienes que estar muy atento y buscar tu buena suerte.

Tras una breve conversación el hombre, que estaba muy contento, se despidió de Dios. Quería llegar rápidamente a su casa para ver si su suerte había cambiado realmente. Y corrió y corrió y corrió durante mucho tiempo, hasta que llegó a aquel valle. Estaba pasando de largo frente a la casa cuando la mujer lo vio y le llamó.

Mujer.- ¡Eh! ¡Ven aquí! Cuéntame lo que ha pasado.

Hombre.- He visto a Dios y me ha prometido que me va a cambiar la suerte. Sólo me pidió que estuviera atento. Ahora tengo que irme, he de buscarla.

Mujer.- ¿Y no te ha dado un consejo para mí?

Hombre.- A ver... a ver si recuerdo... ¡Ah! sí. Me dijo que lo que te faltaba era un hombre, un compañero que compartiera la vida contigo aquí en este valle.

Con estas palabras a la mujer se le iluminó la cara y exclamó:

Mujer.- ¡Sí! ¡Sí! eso es. Oye... y ¿quieres ser tú ese hombre?

Hombre.- Me gustaría mucho pero no puedo. Tengo que seguir mi camino y buscar mi buena suerte. Adiós, me voy corriendo.

Y corrió y corrió y corrió durante mucho tiempo. Después de varios días llegó nuevamente a la sabana y pasaba corriendo al lado del árbol, cuando este le paró y le preguntó.

Árbol.- ¿Qué ha pasado buen hombre?

Nuevamente el hombre relató su historia y nada más terminarla quiso salir corriendo, pero el árbol le preguntó de nuevo.

Árbol.- ¿Y para mí, para mí Dios no te dio ningún consejo?

Hombre.- A ver... a ver si recuerdo... ¡ah! sí, me dijo que debajo de tus raíces había un enorme tesoro que te impide crecer. Lo único que tienes que hacer es sacar el tesoro; y todo te irá de nuevo bien.

Después de oír al árbol, el hombre quiso salir corriendo. Pero nuevamente el árbol le habló.

Árbol.- Mira yo no puedo sacar ese tesoro. Si tú lo quieres hacer por mí te lo podrás llevar y así ser muy rico. A mí no me sirve y únicamente quiero que mis raíces crezcan de nuevo bien.

Hombre.- Me encantaría ayudarte pero tengo que seguir mi camino y buscar mi buena suerte. Lo siento. Adiós.

El hombre, corriendo de nuevo, se alejó. Corrió y corrió y corrió durante mucho tiempo. Llegó a la selva y no pasó mucho tiempo cuando de nuevo oyó aquellos temibles quejidos del lobo. Quiso pasar de largo, pero el lobo le llamó. El hombre le contó de nuevo su historia. Y el lobo le preguntó:

Lobo.- ¿Y para mí..., para mí no te dio Dios también un consejo?

Hombre.- A ver... a ver si me acuerdo... ¡Ah! sí, me dijo que para ponerte de nuevo fuerte sólo tenías que hacer una cosa: comerte a la criatura más estúpida de la tierra, entonces te irá todo bien.

El lobo se levantó con sus últimas fuerzas, se abalanzó sobre el hombre y... ¡lo devoró!

¿Por qué nos quejamos? ¿Por qué nos empeñamos en buscar algo mejor cuando podemos encontrarlo justo ahí donde nos encontramos? Tenemos familia, amigos, salud, casa, trabajo... Tenemos cosas maravillosas para vivir. ¿Por qué entonces esperamos siempre tener mejor suerte cuando la vida nos ha proporcionado los medios para ser felices?